



EL SEÑOR DE LA ÚLTIMA ESPERANZA

(TRADICIÓN QUITENA)

I

Un buen padre honrado, cargado de familia y de miseria, salía con las primeras luces del día de su pobre casita en los arrabales de la ciudad de Quito, dirigiéndose á sus ocupaciones, que eran todas en las que conseguía ganar un pan para sus numerosos hijitos, cuando al dar vuelta á la esquina fué detenido por los alguaciles, que le condujeron á chirona.

Aunque la justicia por aquellas tierras de tanta altura suele andar pacata y lenta como en los valles más bajos, por excepción sin duda, siendo la ciudad más cerca del cielo, crimen que clamaba al cielo habían comprobado rápidamente miopes ministriles, y al séptimo día de su prisión fué puesto en capilla, en medio de la cual, calándose sus gafas el cartulario ante el reo de rodillas, leyóle la sentencia de muerte.

Si bien el misero padre afligido, menos lo estaba por salir de esta vida tan perra para él, que por dejar á sus hijos sin un pan, se quejaba de su mala suerte; pues que, como última burla de su destino, al día siguiente de sonreírle la fortuna le condenaban al suplicio. No había vuelta: si no estaba confeso, la convicción era evidente.

¿No había ido á vender una de las sandalias de oro del Salvador, robo sacrilego á la imagen de más devoción en el Ecuador? Más, como el

crimen dejaba la huella, ¿no se había encontrado en la suela de su alpargata mancha de sangre, cuya medida ajustaba en la marca quedaba dentro del charco de la misma, al lado del cadáver de una mujer, encontrada á la puerta de su casa con un puñal en el corazón?

Asesino y ladrón, con una sola de estas máculas, suficiente era para ascenderle á tan alto puesto, donde bien pronto se balancearía como racimo de horca.

Ya el reo, con un sambenito, mustio, cabizbajo y atortolado, seguía caminito al otro mundo, cuando llegó á pasar cerca del umbral de la iglesia de San Agustín, frente á cuya portería se le iba á colgar.

Aconsejado al arrepentimiento de tantos crímenes por el monje de la Buena Muerte que le acompañaba, mirando hacia la imagen de cuya profanación se le acusaba, como inducido por ella, contestó:

—¡Padre, me arrepiento de todo lo malo que he hecho en mi vida, pero no puedo confesar crimen que no he cometido! Pido se me permita hacer mi última oración ante la imagen del Señor de la portería.

El monje se acercó al oficial de la escolta, recordándole la antigua costumbre de conceder la última gracia.

Cargado de cadenas y rodeado de guardias, imposible era su fuga, y sólo un milagro podía salvarle, milagro que bien deseara el piadoso padre, convencido de la inocencia de quien aparecía culpable.

Con paso vacilante entró el reo en la portería, sonando sus cadenas al caer de rodillas.

Mientras queda elevando el alma á Dios en sus oraciones, al compás de los últimos martillazos del verdugo terminando su patíbulo, subiremos á paso de mula á la ciudad más alta en la tierra.

II

Antiguas crónicas cuentan que allá por los tiempos en que flotando sobre las pacíficas aguas del Pacífico los cajones en que luego aparecieron «El Señor del Milagro» reverenciado hoy en Salta, y «Nuestra Señora del Rosario» en Córdoba, cuando se empacaban los bueyes que conducían la Virgen del Luján sin querer pasar el río de su nombre, en el mismo lugar donde se alza hoy la hermosa basilica nacional, se paraba también en el pretil de la iglesia de San Agustín (Quito), la mulita postrada bajo el peso de la imagen del Señor de la Buena Esperanza.

La hora exacta no podemos fijarla, pues no embargante haber llegado á la ardiente tierra ecuatoriana, más que á toda prisa tuvimos que dejarla, menos por su calor excesivo, que por la excesiva devoción del fa-

nático García Moreno, nada afecto al carácter independiente de los argentinos.

Fresca encontramos la sangre de Navarro Viola, por ese tirano sacrificado, como prontos á abrirse los calabozos en que Gutiérrez y otros de nuestros conciudadanos habían padecido, para cuantos se permitieron poner en duda la humanidad y honradez de tan cínico é hipócrita presidente del Ecuador.

Pero cuando salimos de la vieja casa (Guayaquil) del histórico abrazo entre San Martín y Bolívar, acompañados al puerto donde nuestro almirante Brown desembarcó un día envuelto en la bandera argentina tras cruento combate, el capitán del puerto Sr. Elizalde, y los Sres. Moncayo, Olmedo, Villamil, Sucre, Rocafuerte y media docena de Simonos (de Guayaquil á Panamá son innumerables los Simonitos), seguíamos oyendo al cura, quién llamándonos la atención sobre la hermosa fachada de su vieja catedral, caminaba refiriéndonos, entre otras curiosidades del Ecuador, la tradición siguiente:

«Hace años atravesaba las solitarias calles de la estrecha ciudad de Quito una mulita cargada con enorme bulto; sin seguirla recua ni conducida por guía alguno, continuaba sola, subiendo y subiendo camino sin fin, y si no subió más, fué porque, siendo Quito la ciudad más alta sobre la tierra, no hay más allá, y sólo los bienaventurados suben al cielo.

Salida de no se sabe qué puerto, la paciente mulita solitaria, como alma en pena llegó á las gradas de la portería (convento de San Agustín) y se echó fatigada, sin que esfuerzo humano lograra levantarla.

Abierto el pesado cajón, se encontró la imagen del Redentor, primorosamente esculpura en madera incorruptible.

En vano se quiso entrarla en el templo; y como el cura propusiera introducirla por la portería, allí fué depositada. Si aumentaba el peso de la estatua en proporción al número de los que intentaban llevarla por la iglesia, sin dificultad fué á la portería, donde se le improvisó un altar.

Tan prodigiosa circunstancia conmovió hondamente al católico pueblo de Quito, empezando desde entonces la costumbre de arrodillarse al pasar delante de la sagrada imagen, y respondiendo desde el primer día á la devoción del pueblo con los favores del cielo por intermedio del Señor de la Buena Esperanza.

Dios da siempre lo que más conviene, si bien el orgullo humano pretende que lo que más deseamos sea lo mejor. Al no penetrar por puerta, la mitad del día cerrada, prefiriendo quedar en la portería de anchas hojas, abiertas á todas horas, sin duda significaba el Redentor que venía á redimir aun á los que no entran en la iglesia, atrayendo por su divina

imagen al transeunte é indiferente, echando perpetuamente su bendición desde la puerta del cielo: «*Domus Dei et porta caeli.*»

Así explicado el milagro por el sabio Agustino, empezaron desde entonces á llover donaciones, exvotos y limosnas, á punto tal, que el portero de los Agustinos llegó á ser el más rico, y sus ofrendas se multiplicaron hasta convertir la portería en el más frecuentado y rico santuario del Ecuador. Sólo las sandalias de oro macizo que ofreció un buscador de lo mismo, en las arenas del Esmeralda, fueron recamadas con más perlas, esmeraldas y rubíes, que cayendo de más altura, bien pudiera pedrada de piedras finas romper la cabeza del que oraba á sus pies.

Y éstas se incrustaron allí para conmemorar el milagro de la sandalia, que aumentó sobre manera la devoción á dicha imagen.

III

Cierto piadoso jornalero, reducido ya á la última miseria, cansado del trabajo de todo un día que no le había producido ni un pan que llevar á su familia, al pasar frente á la portería entró á rezar. Tan abstraído se hallaba de sus oraciones, que cuando el sacristán le advirtiera que venía á cerrar, salió contándole lo horrible de su situación, y que volvería muy de mañana á continuar sus plegarias, porque algún alivio le atraían, sintiéndose más alentado!....

No bien amaneció, cuando la ronda encontraba junto á la puerta de ese desgraciado el cadáver de una aventurera asesinada. El jornalero inadvertidamente pisó en el charco de sangre, que no distinguió á la débil luz del alba, y cruzando la plaza de San Blas subía por la calle hoy de la Sabana Santa á San Agustín, entrando luego en su portería á continuar solitario su fervorosa oración....

De repente un hecho no casual (pues ninguno de los estremecimientos de Quito movía la imagen) llenó de gozo su corazón atribulado, y cuando el pobre infeliz pedía al Señor que le ayudara en sus necesidades, cayó de la peana sobre el suplicante una de las sandalias de fina lámina de oro.

Atribuyendo á milagro tan oportuno sucedido, enajenado por la emoción, corrió á vender en la primera platería la primorosa alhaja; pero no bien saliera de sus manos, cuando el mismo joyero hizo prender al vendedor como ladrón sacrilego.

La indignación del populacho arrastrado por los primeros ímpetus que nunca dejan lugar á la reflexión, subió de punto al saber que no sólo era ladrón, sino vil asesino, el profanador de la imagen venerada, llevando el cinismo hasta pretender haber sido digno de un milagro.

Ante otro cuadro que le representa, exhumado entre antigüedades por un meritorio coleccionista, y debido á fino pincel que revela la pálida pintura de la escuela cuzqueña, era tal la aglomeración de devotos y ofrendas que acudían diariamente al oratorio doméstico (calle Cueto, núm. 65, Santiago de Chile), que su dueño, el piadoso sacerdote Hernán Domeyko, donó al prelado dicha imagen del Jesús de la Buena Esperanza con todas las limosnas y exvotos ofrecidos el primer año de su restauración.

El reverendo padre fray Raimundo Errázuriz, de la recoleta dominica, le compuso otra novena. El arzobispo Sr. Casanova concedió indulgencias, y el canónigo Jara predicó el primer sermón frente á su capilla en la iglesia de San Saturnino.

Al hermoso marco artístico del arquitecto Manuel Aldunate, siguió el obsequio de un armónium del Sr. Alamo, otro ornamento de lama de oro para el día de su fiesta, cuarenta mil imágenes reproducidas por Cadot y cien ofrendas de dinero de la Sra. de Valdez Guzmán (Hacienda de Urquillay Valenzuela, de Nancagua), Navarro, Iturriaga, González (de Peumo), y en fin, ofrendas de agradecimiento tan numerosas—informa don Efraín Madariaga, cura rector de San Saturnino,—que del centro de la ciudad de Santiago y de los más apartados suburbios, el rico y el pobre, la respetada señora y la mujer del pueblo, todos vienen á postrarse ante la milagrosa imagen y á dirigirle fervientes preces. Hasta de las más lejanas provincias llegan pruebas de cuánto se arraiga en todos los corazones el amor al Jesús de la Esperanza.

Una esposa ve repentinamente concedida la plegaria con que implorara al cielo que cesase cierto escándalo que amargaba la vida conyugal, y podía ser la perversión de los hijos (pues son gracias y favores espirituales los que más prodiga Jesús á sus devotos, aunque otros creen deberle orar por el buen resultado de que dependiera el bienestar de una modesta familia); ora la terminación de inveterada enemistad entre deudos muy cercanos; ora el hallazgo de lo que se consideraba perdido; toda clase, en fin, de beneficios y favores se han alcanzado por su devoción.

Fué la primera gracia obtenida en Chile por su intercesión la noche del 17 de agosto de 1891: puesta su imagen en el zaguán de una casa donde se escondía D. Luciano Vargas, impidió que entraran los *rotos*, que saquearon todas las de alrededor.

El día que, atraídos por la innumerable fama de tan milagrosa imagen, visitamos su capilla, un rico minero había mandado mil cóndores, limosna que se agregó á las que D. Enrique Cueto Guzmán, Villa Fuerte, Cruz, Valdez y otras familias enviaban continuamente.

Al pie de su altar encontramos una desolada viuda, que rodeada de

tres pequeñuelos, oraba en voz alta, pidiendo una gracia al Señor de la Última Esperanza. Había perdido á su primogénito en las salitreras de Tarapacá, y otros dos en el reparto del botín y guerra civil. Pedía por la conservación de los hijos que le quedaban en su pobre viudez, implorando al «Jesús de la Última Esperanza» que prohibiera toda guerra en su país!....



Sierra Prat (Magallanes), canal Última Esperanza